

Arquetipos y estereotipos en la construcción de la identidad nacional de México

NATIVIDAD GUTIÉRREZ*

Resumen: En este artículo se argumenta que la identidad nacional requiere referentes metodológicos precisos a fin de superar la especulación y la ambigüedad del concepto. Dichos referentes empíricos tienen que ver con la identificación de arquetipos y estereotipos como medios para entender el límite implícito que contiene toda identidad y, de manera especial, la nacional. Mediante arquetipos y estereotipos es posible encontrar contornos bien demarcados para entender las tareas organizativas y de identificación colectiva que lleva a cabo el Estado-nación: la construcción de la homogeneidad, la unificación de las prácticas con el propósito de llevar a cabo tareas comunes y, por último, la identificación del ciudadano con su patrimonio cultural e histórico.

Abstract: The author suggests that national identity requires precise methodological referents in order to overcome the concept's guessing and ambiguity. Such empirical referents have to do with the identification of archetypes and stereotypes as a means to understand the implicit contour contained in every identity and, in particular, national identity. Through archetypes and stereotypes it is possible to find well defined boundaries in order to understand the organizing tasks and collective identification implemented by the nation-state: the making up of standardization, the conforming of one pattern in practices so as to carry out common tasks and, finally, the citizen's identification with his/her cultural and historical heritage.

COMO CUALQUIER OTRO HECHO DE LA VIDA social que entrañe lo “nacional”, la identidad nacional se está convirtiendo en un concepto que cada vez con mayor dificultad inspira consenso. Con renovado interés académico (Smith, 1984, 1991; Billig, 1995) se ha comenzado a abordar esta cuestión desde diferentes perspectivas, a consecuencia de, o movido por, acontecimientos relativamente nuevos que afectan de manera directa o modifican la estructura tradicional de los Estados-nación, tales como la politización y la movilidad social de las etnias, la migración transnacional, el consumismo mundial, los bloques comerciales, así como el acceso de las masas a la tecnología de la información (Sklair, 1991; Nagengast y Kearney, 1990; Richmond, 1984). Aunque todavía quedan por evaluarse las consecuencias generales de dichas fuerzas externas que supuestamente amenazan a lo “nacional”, estos acontecimientos —conforme nos aproximamos al final del milenio— han estimulado la discusión entre los que prevén un futuro prolongado y estable para el Estado-nación y los que ya han especulado sobre la desaparición de todo tipo de fronteras nacionales (para un planteamiento reciente, cf. Hudson y P. Martin, 1996). La identidad nacional, ese espejo colectivo (ambivalente pero necesario) de culturas organizadas, no puede eludir la línea central de las nuevas controversias teóricas actualmente bajo interrogación.

Si el concepto teórico de identidad nacional sigue siendo polémico, la petición implícita de autenticidad y originalidad (que parece “coronar” dicha noción) le añade

* Dirigir correspondencia a Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.; tel.: 622-74-00, ext. 280; e-mail: nativid@servidor.unam.mx.

complejidad: ¿qué es lo galo, la mexicanidad o lo británico? (Beaune, 1985; Paz, 1959; Colley, 1992). Pese a nuestros propios esfuerzos racionales, aprendemos a conocer a otros pueblos y otros estilos de vida haciendo referencia a lugares comunes, clichés y generalizaciones. La idealización y la exageración suelen dictar los parámetros de la identidad nacional. Y aunque nuestro conocimiento sobre las cuestiones de la identidad nacional normalmente se basa en la especulación y el sentido común, no podemos excluirlo del análisis. Por el contrario, ese tipo de información transmite un significado histórico y cultural porque una gran cantidad de personas creen y se atienen a las ideas heredadas y al sentido común.

En este artículo nos ocupamos de la importancia de considerar a los arquetipos y los estereotipos como directrices empíricas válidas para el estudio del muy específico fenómeno de la identidad nacional; un tipo peculiar de identidad modelado por la interacción conflictiva entre los apegos afectivos al tradicionalismo y las fuerzas racionales del modernismo, así como por las reacciones populares en periodos de fricciones, negociaciones y contactos culturales debidos a rivalidades, competencias y colaboraciones auspiciadas por el mundo interdependiente de los Estados-nación.

La lógica de estas reflexiones sigue tres preguntas básicas. Primero: ¿qué es lo peculiar de la identidad nacional? ¿Qué la distingue de otros tipos de identidad colectiva? Segundo: ¿para qué sirven las identidades nacionales? ¿Qué función cumplen? Y, por último, ¿cuál es la función de los arquetipos y los estereotipos en la configuración de la identidad a partir de dos imperativos: la construcción de la homogeneidad y la demarcación de la singularidad de una cultura común?

LA PECULIARIDAD DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Un punto de partida útil (para este planteamiento) es recordar que la identidad nacional es, ante todo, la identificación que los ciudadanos de los Estados-nación hacen de sí mismos. Por lo tanto, su expresión plena sólo se puede apreciar dentro de un contexto moderno, aunque su evolución y construcción revelan vínculos discernibles con una acumulación de diversos pasados históricos (Smith, 1984). Esta premisa contribuye a aclarar atributos inconfundibles de la identidad nacional con respecto a otros tipos de identidad colectiva, sean éstos coloniales o imperiales, incluso los "globales" que se encuentran en proceso de materialización. En consecuencia, los Estados-nación se distinguen de formas anteriores de organización política debido a los siguientes hechos y actividades: gobiernan a los ciudadanos en la tradición liberal, es decir, establecen un sistema de deberes, derechos y obligaciones sin consideraciones de raza o etnicidad. Dichos Estados-nación existen porque creen en su capacidad y tienen el potencial para ejercer un autogobierno y defender sus derechos soberanos. Administran sólo un territorio preciso y tratan de ser autosuficientes mediante su propia economía y transacciones comerciales. Creen en la homogeneidad lingüística y cultural como condición para poner en práctica la igualdad y lograr objetivos comunes. Han creado instituciones y códigos prácticos, han ayudado a

homogeneizar un conjunto de factores tales como la división del trabajo, la unificación de las lealtades y de los estilos de vida de los ciudadanos de la nación, es decir, han desarrollado un sistema de enseñanza y medios de comunicación. Por último, aunque no de menor importancia, están orgullosos de sus diversos pasados, tradiciones e historicidad, mediante los cuales reclaman y legitiman su carácter nacional moderno.

La identidad nacional no hubiera podido surgir espontáneamente: se aprende y se adquiere. Por tanto necesita de un enorme apoyo institucional (por ejemplo, escuelas, campañas educativas) en tanto que propone influir en la población total de un territorio nacional. No toda la miríada de grupos que habitan un territorio se identifica con el grupo étnico dominante que representa a la nación o le guarda lealtad; por lo tanto, la importancia de la identidad estriba en lograr niveles sostenibles de asimilación y socialización entre la población al exhibir y hacer hincapié en aquellos hechos sociopolíticos que caracterizan a los Estados-nación. Se supone que una identidad común une a los ciudadanos; mediante ella aprenden lo que deben hacer y cuándo llevarlo a cabo para que sea posible que la colectividad nacional funcione y se reproduzca; de la misma manera, también adquieren un conjunto de creencias, formación y lealtades comunes. Se hace creer a las personas que tienen el mismo origen y que comparten un destino similar (Bauer, 1979). Es más, esta auto-identificación comunitaria produce una poderosa emotividad porque la identidad nacional hace a las personas tomar conciencia de sí como colectividad única, consciente y protectora de sus posesiones históricas, como el territorio y la cultura.

LOS USOS DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Los Estados-nación están comprometidos a lograr tres objetivos fundamentales: uniformar las prácticas, construir una homogeneidad y delimitar la originalidad cultural. Se ha demostrado de sobra que las instituciones e instrumentos como el sistema educativo en la teoría de Gellner (primero la imprenta y hoy los medios de comunicación, los libros de texto y los rituales cívicos), desempeñan una función decisiva para inculcar y transmitir mediante la práctica de la repetición la cultura moderna del nacionalismo (Gellner, 1983; Hobsbawm y Ranger, 1983; Anderson, 1990). Con todo, la categoría moderna de "nación", pese a su supuesta "ruptura con el pasado" que supondría la uniformidad de las prácticas, también enfrenta la necesidad de rescatar o redescubrir la originalidad cultural.

Tener una cultura auténtica es un imperativo de los Estados-nación y puede adoptar la forma de una búsqueda sistemática que produzca un movimiento de renovación, reconstrucción y reconstitución de tradiciones culturales del pasado. En este contexto, los planteamientos de los etnosimbolistas y de los culturalistas históricos como A. D. Smith (1994), J. Hutchinson (1987) y W. Connor (1972) convencen efectivamente de que la nación no puede permitir deshacerse de su pasado y descuidar su origen. Otro tipo de búsqueda o autodescubrimiento cultural como respues-

ta a propósitos de construcción de identidad nacional es la apropiación de capitales culturales. Esto se ilustra en la situación contemporánea de algunos pueblos indígenas y aborígenes que están luchando por recuperar su legado, el cual ha sido interpretado por los encargados de elaborar políticas culturales así como por las élites intelectuales que están al servicio del Estado-nación (Urban y Sherzer, 1992; Keffee, 1988).

Si, por una parte, la nación (y su grupo cultural dominante) es objeto de veneración, por otra —y desde el punto de vista etnicista—, su construcción ha desalentado e invalidado las multifacéticas expresiones de la etnicidad (y acaso de posibles nacionalismos).

LOS ARQUETIPOS Y LOS ESTEREOTIPOS

La identidad nacional a menudo se describe como un conjunto de hábitos, actitudes, creencias, sentimientos y emociones que reflejan la uniformidad de las prácticas a fin de satisfacer las exigencias del trabajo moderno. También se conoce como representación de originalidad cultural en la que los ciudadanos que comparten tal identidad recrean su sentimiento de pertenencia en un mundo cada vez más interdependiente.

No obstante los diversos propósitos y significados que se atribuyen a la identidad nacional, no se trata de una categoría vacía. Los niños de las escuelas, los obreros, los maestros (entre otros), aprenden y adquieren la memoria social de la identidad nacional mediante la repetición de una mezcla a menudo ecléctica de códigos de prácticas, ceremonias, narraciones, héroes e historias (Connerton, 1992).

Reconocer los diversos elementos de la identidad nacional es tarea fundamental. Tales elementos interactúan en constante contradicción y conflicto que se expresan en la conjunción de la realidad y el hecho histórico, en los valores tradicionales y las prácticas modernas, en el regionalismo étnico y el cosmopolitismo. Una manera de dar sentido a este laberinto es situar directrices empíricas precisas que en el presente análisis figuran como la identificación de los arquetipos y los estereotipos que aparecen en un campo muy amplio de construcciones culturales. Por ejemplo, las maneras universales de poner a prueba cómo se conceptualiza a la nación y cómo se representa, se han puesto en práctica mediante el estudio de las diversas tendencias tanto del arte pictórico como de la creación literaria (Baddeley y Fraser, 1989). El análisis de los libros de texto de las escuelas sigue ofreciendo los estudios más conocidos sobre la identidad (Citron, 1987). Además, un reciente interés en explorar cambios que se han percibido en la identificación popular debido a la desaparición de la política comunista en Europa del Este ha estimulado la producción de nuevos estudios sobre la identidad colectiva, mediante la utilización del cine como principal productor de símbolos e imágenes de las colectividades a partir del decenio de 1980 (Dakovic, 1996). Otro campo atractivo que está por explorarse es el estudio del sentido del humor de una nación; de manera similar, los historiadores de los alimentos

nos ofrecen nueva información que ayuda a recopilar la historia de la identidad nacional mediante el estudio de las cocinas nacionales.

Al observar esas directrices en las fuentes antes mencionadas se puede identificar la forma permanente que adoptan los acontecimientos, los caracteres, los valores, los gustos y los lugares. Los arquetipos y los estereotipos contribuyen a la rutina de la homogeneización debido a sus formas permanentes, por lo que marcan la diferencia entre la autenticidad y lo ajeno; propician la solidaridad interna y crean profundas rivalidades y enemistades.

Los arquetipos condensan en alguien o en algo las características importantes que se consideran epítomes de los modelos de perfección, logro y belleza, y por lo tanto merecen admiración, incluso ser emulados. Por ejemplo: los héroes sufrientes y los mártires (el almirante Nelson, San Ignacio de Loyola), los protectores y defensores de la independencia y de los derechos civiles (los “padres” o “fundadores” de las naciones cívicas americanas: S. Bolívar, B. Franklin y B. Juárez), así como las virtudes, los valores y las hazañas (J. Austen y las hermanas Brontë y sus caracterizaciones). También se puede incluir entre las imágenes nacionales a los lugares “arquetípicos”, un poblado característico (Stratford), paisajes y arquitectura monumental (Petra, Teotihuacan, Fuzhou), una montaña impresionante (el monte Fuji). Otros conocidos modelos de perfección y logro son los llamados “arquetipos de la civilización occidental” utilizados para medir los grados del desarrollo en épocas remotas; por ejemplo: la producción del hierro, la construcción de puentes y barcos, el intercambio de monedas (Gutiérrez, 1990).

Construir estereotipos, por otra parte, también supone hacer referencia a un estado fijo o estático impuesto arbitrariamente a los demás. Nos ofrece una explicación de la medida de las ideas o supuestos concebidos de antemano que algún grupo social utiliza con otro. Una cualidad interesante de los estereotipos es cómo se forjan ideas fijas sobre alguien o sobre algo y se supone que son previsibles, es decir, se cree en pautas estáticas de comportamiento. Si bien los arquetipos refuerzan un sentimiento de orgullo cultural al fomentar la emulación y la admiración, los estereotipos transmiten prejuicios y significados despectivos referentes a otros grupos sociales al dar por supuesto su estatismo y su comportamiento repetitivo (por ejemplo, “todos los pueblos indígenas son actores políticos pasivos”, “todos los mexicanos son corruptos”).

Obviamente, estamos ingresando en el ámbito de las generalizaciones y, como tales, han de tratarse con cuidado; empero, someter a consideración dichos lineamientos nos ayuda a delimitar dos imperativos modernos de la identidad nacional: la construcción del tipo ideal de homogeneidad —acuerdo medular de los Estados-nación— y el tipo de información mediante el cual llegamos a conocer nuestra identidad y la de otras naciones.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA HOMOGENEIDAD

No hay Estados-nación que sean cultural y lingüísticamente homogéneos en el mundo de hoy. Se trata de un hecho generalizado, pese a la considerable inversión oficial en los sistemas de instrucción, en las políticas de integración, en el control de los medios de comunicación y en otras formas de coerción política. Una práctica bien conocida de muchos Estados-nación ha sido neutralizar o hacer desaparecer las etnicidades no deseadas —ya sean de inmigrantes o autóctonas— al moldear a los integrantes étnicos en ciudadanos nacionales. La orientación cultural de los ciudadanos es la creencia impuesta en la existencia de una comunidad macroétnica única que comparte una historia, una lengua y una cultura. En la búsqueda de homogeneidad, la función de la identidad nacional es alentar la participación individual en la construcción artificial de unidad mediante la socialización de la persona en estilos de vida, significados y lengua unificados. Se supone que los ciudadanos que comparten una identidad nacional tienen una idea precisa de su geografía, historia, cultura y recursos, lo que les permite valorar y defender su soberanía y autogobierno.

Sin embargo, ¿resulta adecuado aplicar el argumento anterior a las expectativas de las múltiples minorías étnicas que ya forman parte de la vida de un Estado-nación? ¿Es la identidad nacional una medida para incluir y excluir? Los estereotipos y los arquetipos como parámetros de la identidad nacional también permean a los grupos étnicos mediante los rituales y la repetición por medio de la escuela homogeneizada. Este tipo de aprendizaje explícito y de adoctrinamiento, más una voluntad de asimilarse por parte del propio individuo étnico, podría lograr la adquisición de ciudadanía, mas no de historicidad.

Al respecto señalamos un breve ejemplo. En una investigación llevada a cabo en 1993, nos interesaba conocer, por una parte, el grado de integración cultural de algunos grupos de indígenas y, por otra, la manera como habían adoptado dos crónicas centrales de la nación mexicana moderna: el mito de fundación y el mito de los antepasados comunes. Los resultados de una muestra de 60 estudiantes indígenas expresaron que éstos reconocían la mitología y los rituales nacionalistas. Los datos arrojaron otros resultados aún más importantes: los estudiantes manifestaron ausencia de identificación, de emotividad, y una clara falta de voluntad de sacrificarse o morir por la “idea de la patria”, el gobierno, el Estado o por la zona central de México. Fueron comunes las declaraciones de preferencia e interés por conocer la propia historia y mitología locales y regionales. El ejemplo anterior muestra una situación característica de los grupos étnicos así como su rechazo a ceñirse a las pautas de la tradición dominante que se expresa mediante la cultura y la identidad nacionales; tal fragmentación de la identidad continúa planteando un importante reto para los proyectos de homogeneización de los Estados-nación (Gutiérrez, 1995). Así pues, sigue siendo motivo de controversia cómo se puede evaluar la integridad de la identidad nacional dada la falta de influencia receptiva de la historicidad nacional entre los grupos étnicos; esto en la medida en que la asimilación de las versio-

nes históricas oficiales sean capaces de contribuir a crear una identidad común y un sentimiento de pertenencia, o a impedirlos.

¿PARA QUÉ SIRVE LA IDENTIDAD NACIONAL?

No es posible percibir otras identidades nacionales (diferentes de la nuestra) sin mirar primero y percibir supuestos preestablecidos e imágenes fijas de pueblos y lugares dados (por ejemplo, todo el que viaja por Escocia espera ver las faldas de los hombres y las telas de lana con sus característicos diseños de cuadros), lo que otros consideran característico de “nosotros”, rutinario y trivial para “nosotros”: “el nacionalismo banal”, según lo ha denominado M. Billig. La identidad nacional, aparte de representar sensibilidades artísticas y épicas heroicas, también está plagada y nutrida de detalles de la vida cotidiana. Artistas e intelectuales a menudo rechazan y hasta ridiculizan su entorno intrínseco y tratan de sustituirlo por exotismo y mundanidad.

Los arquetipos y los estereotipos también son importantes por su amplia difusión: la gente cree en ellos y los adopta. Es difícil sustraerse a estas representaciones incluso cuando cargan una mezcla de falsedad, tergiversación y exageración. Un ejemplo común:

Las personas de todo el mundo creen que los escoceses son frugales y ahorrativos; que todos los alemanes son irremediabilmente beligerantes; todos los franceses, enamorados; todos los suecos, fríos, y todos los norteamericanos, ingenuos y emprendedores (S. de Madariaga, 1928).

¿Quién no se ha dejado llevar por lugares comunes, clichés y generalizaciones al hacer referencia incluso a la nacionalidad propia o al conocer a otros pueblos o colectividades? Las personas se consideran y se identifican a sí mismas, y a los demás, mediante representaciones precisas que se encuentran en una amplia selección de imágenes visuales y auditivas identificables en iconografía, canciones y proverbios populares. En el mismo tenor, los movimientos culturales de inmigrantes en los Estados Unidos están contrarrestando la práctica de aplicar estereotipos mediante una nueva manera de considerar la pasividad y la incapacidad de transformarse o reaccionar. Esta tendencia de inversión orquestada de arquetipos trata hoy de poner en ridículo y de exagerar a los personajes y atributos de la tierra natal mexicana.

MEXICANIDAD

Para el vasto componente mestizo de la nación mexicana ha quedado atrás la búsqueda de los temas que constituyen a la mexicanidad en tanto fuente única y generalizada de identidad. Paradójicamente, hoy día enfrentamos de manera cada vez más acelerada creencias y prácticas encaminadas a construir contextos plurales. La

pluralidad es un hecho irreversible, y ello hace posible cuestionar todo asunto relacionado con la identidad. No hay indicios de consenso en el reconocimiento de formas definitivas de identificación impuestas o imbuidas por un poder central, sea autoridad civil, étnica, moral o de género. La identidad de México ha logrado conformarse con base en una mezcla accidentada y azarosa de pasados, historias, memorias; pero también ha incluido adoctrinamientos y enseñanzas racionalmente dirigidos. Como resultado, surgió una riquísima gama de experiencias culturales identitarias recreadas en la variedad de la vida cotidiana e institucional. Aunque la identidad nacional lleva implícita una huella oficial, estudios recientes documentan la participación creadora de la imaginación popular para ampliar y enriquecer las formas de identidad de cada nación; de ahí la pasión que el habitante de América Latina siente por las telenovelas, o la emocionalidad extrema causada por triunfos o fracasos en los partidos de fútbol (Radcliffe y Westwood, 1996).

Toda identidad nacional construye su propio límite con el propósito de establecer diferencias y lograr que éstas sean reconocidas. Es en realidad muy extenso el catálogo de los arquetipos y estereotipos que indican los límites de la identidad nacional de México. El arquetipo más sobresaliente de la identidad en cuestión es, como se sabe, lo mestizo. La exaltación posrevolucionaria a este fenómeno de historia cultural se debe a que representa por lo menos las siguientes ideas. Primero: encarna la creencia muy generalizada de que la aculturación (mexicanización o mestizoísmo) es el medio individual para lograr ciertos fines colectivos; segundo: condensa rasgos únicos atribuibles a su capacidad de conciliar oposición e incluso antagonismo (es decir, mezcla racial, cultural, de tradiciones, de estilos). En contraste con el arquetipo —que valora la aceptabilidad social obtenida mediante la aculturación—, el estereotipo participa en la construcción de los parámetros que conforman la inferioridad (se base ésta en criterios raciales, de género, de bienestar económico, étnicos, regionales o locales). Dentro del ámbito estereotípico se acomoda la constelación heterogénea de los “excluidos”, y en este renglón es donde se vislumbran algunos cuestionamientos de interés hipotético. En la medida en que el grupo excluido (por ejemplo, los indígenas que rechazan el mestizaje) no inicie la tarea de reelaborar los alcances y límites de sus identidades (es decir, construir su propia versión del “quiénes somos”), habrá de continuar la preponderancia de referentes nacionales que difícilmente podrán ser cuestionados por reclamos étnicos. La fuerza cultural atribuida a la identidad nacional no es de carácter transitorio ni fácilmente superable: tiene hondas raíces en vivencias del pasado y en apologías gloriosas, así como también en la hostilidad instigada por prejuicios.

Para terminar, la identidad nacional no es una cuestión de imaginación personal. La búsqueda de originalidad cultural y, lo que es más importante, la construcción de la homogeneidad, no se puede sostener ni reproducir con información confusa y contradictoria representada por símbolos, rituales, relatos, mitologías o historias. Para poder entender sus profundos y complejos significados culturales hacen falta “marcas” explícitas, permanentes y concebidas de antemano de la identidad y la nacionalidad que nos permitan conceptualizar y practicar diversas formas de socia-

lización como la aceptación, el asombro o la tolerancia hacia nuestro propio grupo y hacia los integrantes de otras nacionalidades. Estas prácticas y actitudes trazan los contornos de una colectividad limitada, autosuficiente e introspectiva: el Estado-nación. Al hacerlo estamos desplegando dos cualidades de la identidad nacional: a) la capacidad de autorreconocimiento, y b) la capacidad de detectar quiénes son los demás.

Traducción de Rosamaría Núñez

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (1990), *Imagined Communities*, 6a. ed., Londres y Nueva York, Verso.
- Baddeley, O. y V. Fraser (1989), *Drawing the Line: Art and Cultural Identity in Contemporary Latin America*, Londres, Verso.
- Bauer, O. (1979), *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- Beaune, C. (1985), *La nation France*, París, Gallimard.
- Billig, M. (1995), *Banal Nationalism*, Londres, Sage.
- Citron, S. (1987), *Le mythe nationale: l'histoire de France en question*, París, Les Editions Ouvrieres.
- Colley, L. (1992), *Britons Forging the Nation 1707-1837*, Londres, Pimlico.
- Connerton, P. (1992), *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Connor, W. (1972), "Nation-building or nation-destroying?", *World Politics* (24): 319-355.
- Dakovic, N. (1996), "Nation, representation and Yugoslav cinema", conferencia impartida en la reunión Collective Identities and Symbolic Representations, París.
- Gellner, E. (1983), *Nations and Nationalism*, Nueva York, Cornell University Press.
- Gutiérrez, N. (1990), "Memoria indígena en el nacionalismo precursor de México y Perú", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. I (2): 99-113.
- Gutiérrez, N. (1995), "The culture of the nation: The ethnic past and official nationalism in 20th century Mexico", tesis de doctorado, Universidad de Londres.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger (comps.) (1983), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Hudson, M. y P. Martin (1996), "Economic integration and the politics of independence", *Nations and Nationalism*, vol. 2 (1): 45-67.
- Hutchinson, J. (1987), *The Dynamics of Cultural Nationalism: The Gaelic Revival and the Creation of the Irish Nation-State*, Londres, Allen and Unwin.
- Keeffe, K. (1988), "Aboriginality: Resistance and persistence", *Australian Aboriginal Studies*, (1): 67-81.
- Madariaga, S. de (1928), "Englishmen, Frenchmen, Spaniards", en L. Louis Snyder, *Encyclopedia of Nationalism*, 87 James Press, Chicago.
- Nagengast, C. y M. Kearney (1990), "Mixtec ethnicity, social identity, political consciousness and political activism", *Latin American Research Review* (25), 2: 61-91.
- Paz, O. (1959), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Radcliffe, S. y S. Westwood (1996), *Remaking the Nation-Place, Politics and Identity in Latin America*, Londres, Routledge.
- Richmond, A. (1984), "Ethnic nationalism and postindustrialism", *Ethnic and Racial Studies* (7), 1: 4-18.
- Sklair, L. (1991), *Sociology of the Global System*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Smith, A. D. S. (1984), "National identity and myths of ethnic descent", *Research in Social Movements, Conflict and Change* (7): 95-130.
- Smith, A. D. S. (1991), *National Identity*, Penguin, Harmondsworth.
- Smith, A. D. S. (1994), "The problem of national identity; ancient, medieval and modern", *Ethnic and Racial Studies* (3), vol. 17: 375-399.
- Urban, G. y J. Sherzer (comps.), (1992), *Nation-States and Indians in Latin America*, Texas, University of Texas Press.